

## *El naturalismo desesperado de A. Camus premio Nobel de Literatura*

Ya han pasado aquellos tiempos de la literatura superficial en que el público se adormecía con el ritmo cadencioso de los versos de Zorrilla, tiempos en que diluían una idea a veces sencilla, casi siempre de poca hondura, en un mar de palabras. Naturalmente no quiero decir que toda literatura del pasado haya sido superficial, pues para desmentir este temerario aserto bastaría con recordar al gran Calderón, tan profundo en su exposición literaria del sentido íntimo de la vida; y por otro lado bastaría con citar algunos de los literatos de hoy día que hablan de «desesperación» por moda, revelando una escandalosa desnudez ideológica. Pero si bien aquel aserto no puede sostenerse en toda su inverosimilitud, no obstante tiene algo de verdad si se aplica a una nota predominante de la gran literatura de nuestro siglo, comparada con la inmediata del siglo XIX. Alberto Camus, reciente premio Nobel de Literatura, sería un buen ejemplo de los literatos «de ideas», que hoy día acaparan la atención del gran público. Sus dos últimas obras «La caída» y «El destierro y el reino» no escapan a esta apreciación de conjunto sobre la obra camusiana.

Es no obstante difícil, por no decir imposible, juzgar estas dos obras (a pesar de su contenido ideológico) si no se comparan con todo el conjunto de su producción anterior, porque las ideas están difundidas en los contornos vaporosos e imprecisos de la conversación libre, en que queda además al literato el eterno subterfugio de atribuir al personaje (no al autor de la novela) las palabras que le son inculcadas por los lectores.

Nacido en Mondovi (Constantina) el 7 de noviembre de 1913, recibió sobre todo el influjo de Malraux y de Gide. También parece innegable que recibió durante cierto período de su vida el de Sartre, pero no tanto como para que pueda llamársele «existencialista» (según nota acertadamente Moeller), pues A. Camus realmente no es filósofo, ni pretende serlo.

Su obra teatral «Calígula» (escrita de 1937 a 1942, publicada en 1943 y representada en 1945) tuvo un éxito fácil en el mundo de la

postguerra, al representar en la crisis del gobernante Calígula, originariamente bueno y deseoso de evitar el sufrimiento de los demás, la crisis de la ideología que le hace buscar en el crimen la liberación de una vida sin sentido. El público que vió la representación de esta obra en 1945 sentía aún bien al vivo el resultado de las filosofías que empujaron a los hombres a las armas. El ensayo «El Mito de Sísifo» (1942) plantea la temática del hombre que lucha por dar un sentido a una lucha que cree sin sentido: «es preciso imaginarse a Sísifo dichoso» es la frase final con la síntesis de este triste optimismo del pesimismo. «L'Étranger» (1942) es la novela en que salió más la palabra «absurdo», que hizo que catalogaran prematuramente a A. Camus en la estela de Sartre. Su personaje, Mersault, que asiste como un extraño (como alguien a quien no tocarse el asunto) a la desaparición de su madre, a la muerte del infeliz árabe a quien mata casi porque sí, finalmente a su propio proceso y condenación a muerte, rechaza en cambio las ayudas de la religión y en esto cree hallar un consuelo: es el Sísifo que se indigna de que le llamen Sísifo. Prosigue su pesimismo con «El Equívoco» (1943), obra teatral en que Martha mata por equivocación a su hermano y busca evasión en el suicidio. Más conocida es la obra de A. Camus, la novela «La Peste» (1947) en la que bajo la descripción de una peste, se plantea el problema más general de los «apestados», es decir, entendiendo por esta palabra a todos los que son cómplices de la muerte y del sufrimiento de los demás; con esto, dentro de un orden de ideas todavía general, está latente el problema del mal moral y físico. Es patente el total «naturalismo» que empapa la mentalidad camusiana: «Exactamente, ¿puede ser uno santo sin Dios? Este es el único problema concreto que ahora me interesa». Este naturalismo se acentúa más aún en su pieza teatral «Los justos» (1949) con sus «mártires» de la «religión laica» de la «dicha» terrena. Dejando aparte el ensayo «El hombre rebelado» (1951) cuyo naturalismo combate tanto las soluciones violentas del fascismo y del comunismo, como también todo lo que no sea una rebelión puramente personal, llegamos ya a sus dos últimas novelas, «La caída» (1956) y «El destierro y el reino» (1957).

«La caída» nos presenta lo que habla uno de los interlocutores de un diálogo, quedando para la imaginación del lector las respuestas del otro. El dialogante que habla es Jean-Baptiste Clamence, un abogado que dejó París para instalarse entre los brumosos canales de Amsterdam. Allí en un Café ejerce una curiosa profesión, que él mismo califica con las palabras de «juge-pénitent»: cuyo significado queda aclarado por lo que querría fuera su escudo: una cabeza de Jeno, con la inscripción: «no os fiéis de mí»; o bien en su tarjeta de visita, que querría tuviese el subtítulo de «comediante». Efectivamente Juan Bautista Clamence se ha instalado en la falsía, en la doblez: hace su confesión pública, pero en esto mismo hay falsía porque apareciendo como «penitent», preetende erigirse en «juez».

Empieza contando todos los actos de «altruismo» o filantropía que

ejercía ostentadamente con los ciegos, los pobres, los débiles; pero siendo ateo, encerrado en un triste naturalismo pagano sin más horizonte que los de su pequeño espacio y limitadísimo tiempo, la práctica de la virtud por la virtud, se convierte en un buscar su satisfacción *inmediata*, como *último fin*; evidentemente esto es hipocresía. Además de esta ficción de virtud hipócrita cae Clamence en otros y más graves desórdenes: se entrega a la vida carnal sin freno. Los párrafos en que así como eructa un borracho el vaho del vino mal digerido, sale el desagradable lenguaje de la carnalidad, son buena parte de la confesión del juez-penitente. El otro vicio es el alcohol: la embriaguez rezuma en todas las palabras del pobre Clamence. Añádase a esto el ateísmo, la total incredulidad, hasta la blasfemia respecto de Jesucristo (pág. 129 a 132, etc.). ¿Por qué, pues, hace Clamence esta, confesión a su interlocutor? Busca una satisfacción y no sabe cómo; busca dar un sentido a su vida y la encuentra absurda: ansía la felicidad, pero viéndose sucio, miserable, entregado al vicio y sin ánimo para salir de él, teme el juicio de los demás y de sí mismo. ¿Cómo salir de esta situación, sin renunciar (¡claro está!) a su vida de crápula?

Muy sencillo. Cuando estaba en París, una noche pasando por un puente del Sena oyó el ruido que producía el suicidio de una muchacha que se echaba al agua. Por cobardía y egoísmo la dejó morir sin prestarle ayuda: entonces descubrió de repente que había en su ser, a pesar de las apariencias altruistas, la doblez de que estaba inficionado: parecía honrado ante sus clientes defendiendo como abogado a los pobres y necesitados; parecía compasivo acompañando a los ciegos en la calle, pero era vicioso, era vil, y aun en lo que parecía hacer bien se buscaba en el fondo a sí mismo, su propio egoísmo.

La infamia de esta vida se le presentó con una terrible alucinación: una carjada que de cuando en cuando salía del fondo del agua en las noches claras y le helaba la sangre. Cerró su bufete, huyó lejos, a Amsterdam, para resolver el problema de su vida ejerciendo el curioso oficio de la confesión. Allí agazapado en un café, esperaba la venida de un desconocido. Entablaba conversación con él, le acompañaba y empezaba a contarle su vida: «hacer oficio de penitente para poder terminar como juez» (pág. 160); así fabricaba «un retrato que es el de todos y de nadie en particular» (pág. 161); «paso en mi discurso del *yo* al *nosotros*. Cuando llego al *he aquí lo que somos*, ya he jugado la treta, puedo decirles sus verdades. Yo soy como ellos, claro esta, todos nos cocemos en la misma salsa» (pág. 162). Y ¿qué sacaba con esto? Así había hallado la felicidad: «he aceptado la doblez en vez de desolarme por ella. Al contrario me he instalado en su centro» (pág. 163).

Con una confesión, cínica a más no poder, declara: «Lo esencial es poder permitírselo todo, aun a trueque de profesar de tiempo en tiempo a grandes voces su propia indignidad. Yo me lo permito todo de nuevo y sin reír esta vez. No he cambiado de vida, continuo»

amándome a mí mismo y sirviéndome de los otros. Sólo que la confesión de mis faltas me permite volver a empezar más ágilmente y gozar dos veces: ante todo de mi naturaleza, y luego de un encantador arrepentimiento» (pág. 164). «Desde que he encontrado mi solución me entrego a todo, a las mujeres, al orgullo, al aburrimiento, al resentimiento, y hasta a la fiebre que deliciosamente siento cómo en este momento me sube» (pág. 164). En cambio «de vez en vez, cuando hay una noche realmente hermosa, oigo una carcajada a lo lejos, y dudo de nuevo. Pero pronto hundo todas las cosas, creaturas y creación, bajo el peso de mi propia debilidad, y héme de nuevo a punto de pavonearme» (pág. 164). Con esta técnica de la autoconfesión «leo la tristeza de la condición común y la desesperación de no poder escapar. En cuanto a mí, compadezco sin absolver, comprendo sin perdonar y sobre todo, ¡oh!, siento por fin ¡que me adoran!» (pág. 165). ¿Qué consigue con esto el juez-penitente? ¿acaso es feliz? «Soy dichoso, le digo que soy dichoso, le prohibo que crea que no soy dichoso, ¡soy dichoso hasta reventar!» (pág. 166), dice con una reiteración que revela todo el fondo real de amargura que palpita bajo esta afirmación. Por lo demás él mismo lo reconoce explícitamente pocas líneas después: «Mi solución ciertamente no es el ideal. Pero cuando uno no ama su género de vida, cuando uno sabe que es preciso cambiar o no tiene elección, ¿qué? ¿qué hacer para ser otro? ¡Imposible!» (pág. 167).

La otra obra, «El destierro y el reino» está formada por un conjunto de pequeñas narraciones o novelitas, y en mi opinión es de calidad literaria muy inferior a la de «La caída». En la narración «La mujer adúltera» parece querer justificar el adulterio encuadrándolo en unas circunstancias penosas. «El renegado o un espíritu confuso», describe la vida de un pobre tonto que pasando sucesivamente del protestantismo al catolicismo y a un seminario, escapa de ahí para cometer la imprudencia de internarse entre los negros de una mina de sal, los cuales lo someten a una vida de esclavo en servicio de su fetiche, después de trastornarle la cabeza y sometiéndolo a unas torturas indecibles, como la de cortarle la lengua. Plantear en serio el problema del apóstata a base del caso de un anormal y sin escudriñar el alma, es demasiado ligero para que se tome en serio. En «Los mudos» describe la reacción de unos obreros fracasados en una huelga, que se sumergen de nuevo en el pesimismo del vivir cotidiano y agotador. «El huésped» pinta el desagrado de que es víctima un militar, el cual favorece cuanto puede a un árabe, preso por homicidio, pero que a cambio de su acción sólo recibe la amenaza de muerte. «Jonás o el artista trabajando» es quizás el más logrado de estos ensayos: Hace ver que la popularidad del éxito prematuramente logrado hunde a un hombre en la inutilidad y futilidad de la vida social. El último boceto se titula «la roca que crece»: presenta escenas que son una verdadera parodia de vida religiosa. Describe la vida de cierta población del Brasil, en la cual los cristia-

nos invocando a San Jorge se entregan a una danza hipnótica que termina en el vicio; organizan una procesión supersticiosa; presencian el apuro de un voto absurdo (en realidad que no obliga por absurdo e imposible) según el cual un pobre cocinero ha de llevar hasta agotarse una piedra de cincuenta kilogramos, pero que no pudiendo cumplir su voto es al fin asesinado; todo ello ante la incredulidad «superior» del ingeniero, que les enseña una «tolerancia» laica... Es el ensayo que menos favorece a A. Camus porque en él aparece el sectario. Es verdad que A. Camus había declarado en 1949 que él no supone que sea ilusoria la verdad cristiana, sino que sencillamente «nunca he entrado en ella», — dijo. No obstante se adivina en sus páginas toda la lucha de un hombre lleno de los prejuicios laicos del ateísmo francés del siglo pasado, que para hallar un sentido al sinsentido de tal vida, reacciona violentamente con tópicos a las sugerencias de un encuentro con Dios.

\* \* \*

La actitud de A. Camus mirada en el orden intelectual es la de un «naturalismo» ateo, fruto lógico del racionalismo. Siempre ha sido así. El niño paga muy caro su atrevimiento de sacar el resorte que mueve su juguete, su muñeca; queda todo destrozado. Así el hombre hijo del neopaganismo progresivo de los últimos siglos, no se somete, es soberbio, prefiere la autosuficiencia; pero paga muy caro su naturalismo ateo, porque queda con una naturaleza absurda, sin sentido.

El naturalismo de A. Camus no es, con todo, el de la desesperación consagrada y sin lucha; hay en él, junto con un fondo desesperado, el afán de hallar salida a lo que sin Dios no la tiene; la religión natural de la dicha es imposible.

Moralmente su obra presenta protagonistas que han descendido muy bajo en la escala de la ley de Dios. Un crítico dijo hace poco que A. Camus en «La caída» había dado su propia biografía. No tengo datos para afirmarlo; lo que puedo, sí, afirmar, es que su protagonista J. B. Clamence es un ser repugnante; y que imaginar a todo el mundo así es falso.

En medio de todo se le escapan preciosas confesiones, de cuando en cuando, que hemos de recoger cuidadosamente. He aquí una de ellas, referente a la amargura de vivir sin Dios: «¡Ah, querido amigo! Para quien está solo, sin Dios y sin señor, el peso de los días es terrible. Es preciso, pues, escogerse un señor, no estando ya de moda Dios» (pág. 154). Otra, referente a la autosupresión de la libertad: el naturalismo que lejos de Dios pone en su lugar la libertad como fin en sí, acaba sin saber «para qué» la quiere, a qué fin digno sirve la tal li-

bertad, con lo cual la suprime: «He aquí por qué, mi querido amigo, después de haber saludado solemnemente la libertad, decidí a hurtadillas que era preciso devolverla sin tardanza a cualquiera» (pág. 158).

Lo único que le queda a A. Camus es la compasión por el que sufre, el amor al prójimo, el respeto a la persona humana, el secreto afán de superación... son lejanos frutos del árbol secular del catolicismo. Pero ahora estos frutos desarraigados de la Fe que les dió vida, sin la savia vivificadora que es dirigir la vida a la plenitud del «más allá» en Dios, van cayendo poco a poco con una agonía cruel. Si en A. Camus aún no han caído del todo estos frutos (como han caído en manos del comunismo) es porque afortunadamente es poco consecuente. Otros más consecuentes que él sacudirán el tronco muerto del liberalismo y caerán entonces al suelo estos últimos restos, planteando agudamente el dilema: o vuelta a Dios, que a través de tantos siglos de santos, de maravillosa unidad, de nobleza de doctrina, ha producido hasta en el aspecto humano estos frutos de que el naturalismo liberal alardea como de cosa que fuera propia y que le arranca, o condenarse a descender poco a poco, pero fatalmente en la náusea del absurdo, de la vida sin sentido, de la dicha imposible.

A. Camus es, quizá sin pretenderlo y sin darse cuenta, como un símbolo de la Europa postrevolucionaria. Sus obras serán para muchos, escándalo; para los más aumentarán la confusión; para el que esté bien preparado le serán una preciosa confirmación de la verdad.

Forcejea inútilmente ante una antinomia que el naturalismo con su rebelión se ha forjado: o sumisión a Dios (y esto suena a sus oídos «renuncia a la lucha» y a la «felicidad») o autonomía racionalista, autonomía de la naturaleza y libertad total, proclamando como ley el egoísmo (pero esta salida se autodestruye, no es solución, pues lo finito no sacia la aspiración infinita del alma humana; y en cambio la libertad como fin en sí, y el egoísmo, merecen el desdén y el desprecio que sentimos en lo hondo de nuestra conciencia).

Hay en medio una senda, que A. Camus todavía no conoce: entregándose al Infinito, esta entrega amorosa resulta la verdadera posesión; este sacrificio es lucha, de otro género de conquista; este huir del placer es alcanzar la felicidad.

¿Llegará algún día A. Camus a dar este último paso?

Si algún día llega (como tan ardientemente deseamos), sus cualidades literarias se potenciarán y ganará su personalidad, como la gana el que pasa desde el absurdo de un vivir sin sentido, al vivir con la plenitud de la esperanza.